que probaba la falsedad de los sacrificios bajo otro aspecto que el de símbolos, era su misma multiplicidad: uno solo hubiera bastado si hubiesen sido eficaces; pero esta misma ineficacia constituia la saña y la embriaguez del linaje humano. El abismo que el pecado habia abierto en la justicia de Dios no podia ser colmado por ninguna expiacion tomada en el pecado mismo, y sin embargo, esta necesidad de expiacion oprimia la conciencia universal de la humanidad culpable. En este estado de oposicion consigo misma y con Dios, á todo se atrevia, todo lo arrojaba dentro del abismo que los separaba. Diariamente se amontonaban víctimas preciosas bajo el cuchillo de los sacrificadores, y siempre eran mas sensibles el mismo vacío, la misma separacion; y la justicia de Dios, mas ultrajada que calmada, rechazaba toda aquella sangre como estérilmente derramada por la cruel supersticion de los hombres, á quienes un solo sacrificio hecho con fé en el sacrificio futuro, hubiera bastado en la presencia divina hasta el momento en que la verdadera víctima, la sola que podia llenar el abismo y ser positivamente MEDIADORA, viniendo al fin al mundo, dijera á su padre:—"Sacrificios, y ofrendas, y holocaustos por pecado no quisiste, ni te son agradables las cosas que se te ofrecen; mas me apropiaste cuerpo, y entonces dije: HEME AQUÍ QUE VENGO, segun está escrito en el principio del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad;" es decir, para precipitarme en ese abismo siempre abierto de tu justicia, y cegarlo introduciendo en él una santidad y una satisfaccion tan infinitas como su profundidad. Y llenó tan cumplidamente su mision expiatoria, como continúa observando San Pablo, que inmolándose *una sola vez*, abrió un manantial perpétuo de satisfaccion en el mundo, y la eficacia de su sacrificio ha sido tan soberanamente visible siempre y en todas partes, que ha podido decirse, que *habia sido inmolado desde el orígen del mundo* (1), *y que aunque el altar se situó en el Calvario, la sangre de la víctima inundó todo el universo* (2).

Llegados á este término de nuestro estudio, podemos perfectamente esplicarnos la razon del problema que presenta á la vista del observador el uso universal de los sacrificios. Colocándonos sobre el Calvario, nos encontramos en el solo punto de vista que permite aclarar todo el caos. Cuanto hay de odioso y absurdo en aquella costumbre se rectifica, se esplica, y toma aquí una alta espresion de razon y de verdad que nos arrebata tanto, como antes nos confundia.

Cuatro cosas eran eminentemente absurdas en los antiguos sacrificios, considerados en sí mismos: —la primera era el encontrar una fuente de méritos en un sacrificio en que la misma víctima, de donde esta fuente debia partir, no tenia ninguno, porque no hay mérito sin voluntad, y era la fuerza brutal la que, á pesar de la resistencia de la víctima, la hacia caer bajo sus golpes:—la segunda era el creer que se podia lavar la mancha de una raza culpable con la sangre tambien manchada que ella misma habia producido, y el ofrecer á Dios un culpable en rescate de otro culpable:—la tercera era el imputar al hombre todos los supuestos méritos de la víctima, sin que éste hiciera otra cosa para apropiárselos, que ejecutar el acto cruel y supersticioso de la inmolacion:—la cuarta, en fin, era el atribuir á Dios toda la crueldad de una ecsijencia semejante, como si su bondad no pudiera brillar sobre la tierra sino al través de la destruccion de sus criaturas.—He aquí lo que mas repugna en los antiguos sacrificios, y que hace inesplicable su universalidad cuando se quiere prescindir de la sola esplicacion posible, resultante de su relacion simbólica y profética con el sacrificio de Cristo.

Pero desde que se adopta esta esplicacion, desaparecen todas esas incoherencias, y se deja entrever el mas profundo y divino designio.—La víctima es entonces *voluntaria*, se sacrifica á sí misma, y produce el grande océano de méritos que debe esparcir por su rededor.—Entonces la víctima no pertenece ya á la raza del culpable que debe purificar, sino que procede de las infinitas alturas de la santidad de Dios, y uniéndose á la naturaleza humana, solo toma las consecuencias del pecado sin participar de él. —Entonces, ademas, la imputacion de los méritos de la víctima no es tan absoluta que el culpable no pueda participar de ellos; y aunque mas que bastante, solo se le ofrece á título de socorro y suplemento á sus propios méritos que debe esforzarse en adquirir siguiendo las huellas de su libertador.—Entonces, en fin, desaparece toda crueldad de la parte de Dios, y sin embargo, su justicia descarga el mas terrible golpe; y no solamente desaparece toda crueldad, sino que brilla entonces una bondad mayor que la que presidió á la creacion; brilla, repetimos, en todo su esplendor por la misteriosa especialidad de que la misma víctima procede de la propia sustancia del Dios que la ecsije, y que es el mismo Dios, justicia esencial, que se inmola en la persona de su Hijo, que es él mismo; él, misericordia infinita; él, como decia admirablemente San Pablo, *reconciliándose al mundo en su Cristo* (1).

En resúmen:—Si nos remontamos al verdadero orígen del uso de los sacrificios, el que la razon nos designa, descubrimos que este uso debia de ser, en los tiempos anteriores á la muerte de Jesucristo, una institucion figurativa del gran medio de expiacion con que quiso Dios rehabilitar al género humano. Si no se quiere aceptar esta resolucion, todo permanece tenebroso y confuso en el uso de los sacrificios; y todo por el contrario se hace claro é inteligible desde que se la admite.

Compréndese entonces fácilmente:

El orígen antiguo de este uso, que se toca con el orígen mismo del género humano,—y la época precisa de su abolicion, que concuerda con la época de la muerte del Cristo (2);

(1) *Occisus est ab origine mundi.* (Apol. 13, 8.)
(2) Orígenes.

(1) *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.*
(2) Jamas se fijará bastante la atencion en esta coincidencia

La pureza con que se conservó, ecsento de crueldad y de supersticion, en el pueblo judío, y las aberraciones que la pérdida de este sentimiento ocasionó en todas las demas naciones;

La uniformidad de sus condiciones estrínsecas en medio de sus mismos errores,—y la universalidad de su práctica, á pesar del horror que ellas debian inspirar;

En fin, lo que tiene de semejante con el gran sacrificio del Cristo, por cuyo medio él mismo demuestra *que es su figura*,—y lo que tiene de semejante con él, por cuyo medio demuestra *que no es otra cosa sino su figura.*

En una palabra, es ya evidente que un uso á la vez tan estraño, tan uniforme y tan universal, no pudo constituir el fondo de todas las religiones, sino porque debe de suponer y supone en efecto una gran verdad primitiva desviada de su objeto. Esta verdad, que aun es fácil encontrar en el mismo uso, porque resulta de sus mismas formas, es el hecho de una degradacion y la necesidad de un mediador; es la salvacion por la sangre de una víctima ofrecida en expiacion de nuestras faltas y en sustitucion de nuestra indignidad. Todo cuanto parece ridículo, incoherente, absurdo y grosero en los antiguos sacrificios considerados como una realidad, si lo ponemos en relacion con el grande sacrificio de Jesucristo, recibe un carácter marcadísimo de razon, de sublime sabiduría, y de profundidad.—Por consiguiente, el sacrificio del Cristo es el término de esta verdad primitiva y la solucion del problema universal que la contiene.

De esta suerte depone el género humano en favor de la verdad de la Religion de Jesucristo por las infinitas voces de sus sacrificios; y, para decirlo así, por los gemidos de todas sus víctimas.

§. III.

Tradiciones acerca de la rehabilitacion ó acerca de la esperanza de un libertador.

Las tres partes del presente capítulo guardan entre sí tan estrecho enlace, que no hemos podido compararlas mejor que á las dos caras de una medalla y á la inscripcion que está grabada en su rededor. De la misma manera que la esplicacion de esta última se aplica al anverso y reverso de la medalla, así los *sacrificios* contienen implícitamente la doble verdad de una *caida* y de una *rehabilitacion.* Así, pues, habiendo presentado las tradiciones universales relativas á la *caida*, tócanos esponer ahora lo que tienen de especial en la creencia y espectacion de un *libertador.*

Este tercer aspecto, si llenamos nuestro objeto, será una poderosa confirmacion de los dos restantes, con los cuales formará un conjunto de pruebas incontestables; porque en primer lugar, todo lo que dirá rehabilitacion, significará implícitamente caida; y en segundo lugar, porque habiéndonos dicho ya el género humano que no podia haber redencion sino por medio de la sangre, si demostramos que conforme á esta idea, esperó siempre un libertador hasta el tiempo de Jesucristo, habrémos probado aun con mas evidencia, que su rehabilitacion debia verificarse por medio de la sangre de este libertador, y habrémos completado la institucion de los sacrificios, introduciendo de nuevo en sus formas la verdad que habia dejado de animarles.

Entremos, pues, con resolucion en este nuevo horizonte que es sumamente vasto, pero que está lleno de interes.

I. El primer pueblo que se nos presenta es siempre el pueblo judío, y no es en nombre de la fé que él goza de este privilegio, sino en virtud de los mas legítimos títulos, aun á la vista de la sola razon. Oigámosle con justicia y hasta con respeto, pues es nuestro primogénito (1).

¡Hecho notable y concluyente! entre todos los pueblos antiguos el mas enérgico y persistente en profesar la doctrina de la espectacion de un reparador enviado del cielo y conforme á Jesucristo, es el que mejor ha conservado las restantes verdades tradicionales, y sobre todas la de LA UNIDAD DE UN DIOS.—Puede decirse que en todos tiempos la fé en un MEDIADOR ha sido el corolario inseparable de la creencia en UN DIOS UNICO, y como el segundo párrafo de este primer artículo de la Religion natural.—¡Qué prueba, qué garantía de verdad!—Nunca se meditará bastante sobre este punto, decisivo en nuestro concepto.

El pueblo judío, como primogénito de la gran familia de los pueblos, estuvo durante tres mil años en posesion de los lugares que habian sido la cuna y como la antigua morada del género humano. Fué depositario y custodio de los títulos patrimoniales, de los cuales sus hermanos no habian llevado en su dispersion mas que informes copias. Fué destinado desde un principio para ser, por una especie de *presucesion*, el confidente y el favorito del Padre celestial, con la obligacion empero de dar cuenta á todo el género humano de los dones recibidos en el gran dia de la abertura del *antiguo Testamento*, del cual llegó á ser, por la misma repudiacion que de él hizo, ejecutor universal.—Tal es el doble papel que ha representado el destino de este pueblo, verdadero *pueblo de Dios*, como instrumento de su misericordia y de su justicia.

¡Con cuánta perfeccion ha representado este papel!—Mientras todas las naciones de la tierra marchaban á ciegas por la angosta senda de sus intere-

y en el fiel cumplimiento de estas palabras de Daniel: *El Cristo será muerto, y los sacrificios serán abolidos.* Recordemos que en los primeros dias del cristianismo, Plinio escribia á Trajano que las víctimas no encontraban ya compradores, *quarum adhuc rarissimus emptor inveniebatur;* y admirémos sobre todo cómo los mismos judíos, que no parándose en el sacrificio del Cristo hubieran debido continuar los que antes practicaban, los suspendieron sin embargo todos por aquel tiempo.—Es verdad que se concibe difícilmente la posibilidad de un uso semejante en el seno de nuestras costumbres cristianas; pero esto mismo prueba la verdad de la regeneracion religiosa y moral que le puso término. La sangre de Jesucristo ha cicatrizado la antigua llaga que brotaba torrentes de sangre humana, y ha hecho en cierta manera preciosa la de los mas viles animales. *Pacificam per sanguinem crucis ejus, sive quae in terris sive quae in coelis sunt.*

(1) No invocamos el testimonio personal de Moisés, sino el del pueblo judío en su mas alta generalidad y como nacion. Es menester no ver en esto una repeticion ni un doble uso, y lo hará conocer asi lo que se diga á continuacion.

ses individuales, mientras sus escuelas se contradecian mútuamente por la oposicion de sus respectivas doctrinas, mientras la política, la religion y la filosofía divagaban por senderos aislados y sin salida, y mientras todo en ellas parecia diriijdo por ese ciego destino del cual habian formado el mas poderoso de sus dioses,—el pueblo judío solo tiene una doctrina, una política, un destino, una idea fija, la de anunciar, simbolizar y esperar al MESÍAS vaticinado; esto es, la idea y la mision de conservar y fecundizar en sí mismo *el gérmen de una bendicion que algun dia debe esparcirse por toda la tierra y absorberle á él mismo en su universalidad.* Preocúpale solo este grande objeto; nada es capaz de distraerle y desviarle de él; dedícasele todo entero, y todo esto no por espacio de un siglo ó dos, sino durante la larga serie de treinta siglos consecutivos. Su paciencia y perseverancia en esperar este grande acontecimiento por tiempo tan dilatado participan en cierta manera de la invariabilidad de los actos de la naturaleza y de ese instinto augural de que están dotados los animales. Abraham, Jacob, Moisés, David, Isaías, Daniel y tantos otros patriarcas, legisladores, reyes, pontífices y anacoretas, solo parecen de tarde en tarde para repetir y reanimar la grande esperanza, y precisar cada vez mas las circunstancias y caracteres de su divino objeto. El espíritu de orgullo y de dominacion que distingue á todo lo que es grande entre los hombres, y que dirije y empuja á su genio por vias incesantemente nuevas, nada puede sobre ellos; todos se limitan al papel de precursores, y solo hacen servir la gran superioridad de su influencia y de su genio para preparar el lugar á *uno mayor que ellos,—el que ha de venir,—la estrella de Jacob,—el deseado de las naciones,—aquel en quien todas serán bendecidas,—el príncipe de la paz,—el ángel de la alianza,—el Cordero de Dios, cargado con los pecados del mundo, —el Justo, que brotará de la tierra y lloverá de las alturas del cielo,* para salvar á la una por el otro y reconciliarlos por su mediacion. *Glorioso y humilde, dichoso é infeliz, llevará su principado sobre sus hombros, y nos curará á todos por sus* llagas etc. (1) En cualquiera época en que aparezcan entre los judíos estos anuncios de la venida del Libertador, ninguno de sus autores se abandona á la tentacion de atribuirse las promesas de sus antecesores ni de desesperar de su futura realizacion: al contrario, cada uno de ellos se coloca inmediatamente en esa serie de heraldos que de boca en boca anuncian cada vez con mas fuerza la llegada del que ha de cerrar la marcha, porque él es su grande y único objeto.

Y no se nos acuse de escribir ahora bajo la influencia de prevenciones cristianas, y de acomodar las profecías al acontecimiento. El asunto de las *profecías* está reservado para ser objeto de un trabajo completo y minucioso en la tercera parte de los presentes Estudios: aquí no le consideramos bajo este punto de vista especial, sino que tomamos el hecho en su conjunto, y dejando aparte toda interpretacion, decimos: desde el orígen del mundo hasta Jesucirsto estuvo el pueblo judío esperando un ser estraordinario que debia salir de su seno, y que por una misteriosa asociacion de abatimiento y grandeza, de padecimientos y de gloria, llegaria a ser salvacion y centro da vida para todas las naciones (1). Hé aquí un hecho tan difícil de negar como el de la ecsistencia del pueblo judío, cuya historia llena completamente. Si sobre este punto no merecen fé los cristianos, dése al menos crédito á los judíos; y sépase que si quisiésemos enumerar las atestaciones de semejante doctrina, seria menester citar las obras de todos sus rabinos. Uno de los mas célebres cuenta la venida del Mesías en el número de los artículos fundamentales de la fé, y la comprende, junto con la resurreccion de los muertos, en la recompensa que Dios ha prometido á los que creen en él (2). El sabio Maimonides, dice que *el que no cree en el* MESÍAS *y no espera su venida, reniega de la ley y de los profetas,* PORQUE UNOS Y OTROS DAN DE ÉL TESTIMONIO (3).

Vamos á presentar una autoridad que nos dispensará de las demás, porque las supone todas.

El israelita M. Salvador ha publicado una obra muy á propósito para quitar á Jesucristo y á su doctrina la basa que podian encontrar en las tradiciones y profecías de los judíos [4]. Para lograr con mas seguridad su objeto, empezó por arrebatar á estas, en una obra anterior, todo cimiento *sobrenatural* [5]. En una palabra, M. Salvador es un judío *espíritu-fuerte.* Así es que aprovecha cuantos recursos puede inspirarle esta doble prevencion para violentar el sentido de las tradiciones y profecías, y separarlas de la persona de Jesucristo. Segun él, los pasajes proféticos, que no solo los cristianos sino tambien los judíos aplican al *Mesías*, como estos:—*El hombre justo será entregado como víctima á los mas acerbos dolores, y despedazado por sus propios hijos.....Será arrojado como un cadáver en la hoya, para volver radiante á la vida, y su sepulcro será glorioso &c.*, no deben entenderse de un individuo sino de una nacion, puesto que son una personificacion nacional de los destinos de los hebreos [6].—Júzguese, por esta muestra, de las buenas disposiones de M. Salvador en favor de la verdad, de la esperanza en un libertador.—Pero M. Salvador tenia ante sí una cosa que todas las sutilezas imaginables no pueden ofuscar, es decir, un HECHO inmenso que cuenta á todo un pueblo por autor y treinta siglos de ecsistencia; así es que à pesar suyo se vió obligado á confesar en las páginas posteriores, que—"todas las promesas con-"soladoras adoptaban con preferencia una espresion, "sobre la cual *el país entero* fundaba sus esperanzas "en la época de Jesucristo. De la raza de los prín-

[1] Todas estas calificaciones están tomadas de los libros santos, y aplicadas al *Mesías* por los judios y por los cristianos.

[1] La mayor parte de los rabinos no podian disimular que el Mesias esperado se les representaba unas veces glorioso y otras abatido; tan pronto triunfante como victima, y no pudiendo conciliar estos dos estados en una misma persona, imaginaron dos Mesias.

[2] El autor del *Sepher Ikkarim*, lib. 1, cap. 8.

[3] *Tract. de Reg.*, cap. 2.

[4] *De Jesucristo y su doctrina.*

[5] *Sistema religioso y politico de los hebreos.*

[6] T. I, pp, 80 y siguientes.

"cipes de Judá de la estirpe de David, tomado co-"mo modelo de inteligencia y de gloria, debia algun "dia salir UN LIBERTADOR, que reuniendo como él "y en la mas alta perfeccion el valor y la fuerza "del alma, triunfaria de toda opresion esterior, y "juntaria bajo su cetro de paz los dos estados divi-"didos [israelitas y judíos]; restituiria á la justicia "sus derechos, al pueblo su dignidad, y á la vida "todas las dulzuras que le concediera primitiva-"mente el Criador.....*En fin, este era el que*, segun "esas mismas promesas, *debia hacer servir al ver-"dadero Israél, en conformidad á su destino, de es-"tandarte y núcleo á los demas pueblos de la tierra, "para formar de todas las familias de los hijos de "Adam una sola familia de pueblos recíprocamente "vivificados por la mas admirable unidad* [1]."

Es absolutamente imposible ocultar el hecho de la espectacion en que estuvieron siempre los judíos de un libertador de la raza humana.—¡Todavía están esperando! ¿puede desearse una prueba mas convincente de que siempre han esperado?—Tal vez se dirá que con el intento de favorecer al cristianismo, se han prestado los judíos á inventar posteriormente este hecho, alterando la fecha del primer título de su confusion y de nuestra fé.

Hay tambien otro hecho digno de atencion, y que prueba hasta qué punto habia germinado entre los judíos la promesa del Mesías, contenida en los pasajes del Génesis que hemos citado en el capítulo de Moisés; á saber: que los samaritanos que representan las diez tribus que se habian separado de la nacion en el reinado de Jeroboan, mil años antes de Jesucristo, no reconocian como sagrados mas libros que los de Moisés, y continuando siempre en enemistad con los judíos, al menos tanto como estos con los cristianos, han conservado hasta el presente la creencia en la venida del Mesías, á quien llaman HATHAB (el convertidor). Hallanse reducidos ahora a unas treinta familias en Nablous, la antigua Sichem, como hemos indicado ya en otro lugar. Durante el último siglo se siguió con ellos una correspondencia con el objeto de aclarar esta cuestion, cuya correspondencia ha sido publicada por Schnurrer (2), y su resultado fué de los mas concluyentes, habiéndose robustecido muchísimo mas aún con los poemas samaritanos de la biblioteca Bodleiena, que ha publicado Gesenio (3).

Ademas, todo el pueblo judío tendia á reproducir el mismo objeto; y esta unidad tan prodigiosa no se hallaba tan solo en el libro (el único que poseia este pueblo, y que era un registro abierto donde todos los profetas iban uno tras otro á escribir una página, una frase, hasta el tiempo de Jesucristo en que fué *irrevocablemente* cerrado), sino tambien en las instituciones, en las ceremonias, y hasta en los acontecimientos. Esta era la esclusiva mision de aquel pueblo, á quien podriamos llamar, segun San Agustin, *un gran profeta único.*—Aquella esperanza que el pontífice Zacarías, en medio de los trasportes de su alegría por verla realizada en Jesucristo, cantaba con estas palabras: "Benedictus domi-"nus Deus Israel, quia visitavit et fecit redem-"ptionem plebis suæ. *Sicut locutus est per os san-"ctorum, qui à sæculo sunt, prophetarum ejus. Iusju-"randum, quod juravit ad Abraham patrem nostrum "daturum se nobis*, &c. (1)" Aquella esperanza, decimos, era una herencia nacional que cada generacion trasmitia á la siguiente, con la notable y muy positiva circunstancia de que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de David y Salomon, nunca el pueblo judío pensó en pretender que el Mesías debia entonces aparecer, y que en sus mayores aflicciones, en la época de Daniel y en la de los macabeos, jamás desesperó de verle llegar, hasta el momento supremo de la aparicion de Jesucristo, en que parte de la nacion proclamó que él era el Mesías prometido á sus padres, y el resto,—como un piloto arrojado fuera de su rumbo por la tempestad,—fluctuó, respectivamente al Mesías, á merced de todos los sistemas. Unos decian que el Mesías habia aparecido ya en la persona de muchos hombres célebres de su nacion, sobre los cuales, sin embargo, no se convenian;—otros aseguraban que habia debido aparecer ya, pero que se habia diferido su venida a causa de los pecados del pueblo;—algunos llegaron á atontarse tanto en medio de su mismo estravío, que cayeron en una especie de desesperacion, y escribieron en su Talmud estas fatales palabras: *¡Malditos los que cuentan el tiempo de la llegada del Mesias!*—pero todos ellos han desaparecido ya, y solo subsisten en el seno de las maravillas de nuestra civilizacion cristiana, como esas lenguas muertas, que desterradas del comercio de los pueblos, únicamente sirven para la inteligencia de los monumentos que se remontan á la época en que se hablaban.

De manera que la promesa de ese salvador, de ese descendiente de la mujer, que debia quebrantar la cabeza de nuestro antiguo enemigo y regenerar á todas las naciones, es incesantemente mantenida y atestiguada por la mas prodigiosa y auténtica tradicion que jamas haya ecsistido entre los hombres; la tradicion de todo un pueblo, de toda una nacion, cuya única mision sobre la tierra ha sido, por espacio de mas de tres mil años, el repetirla y confirmarla, y que se dispersa en la época en que los sucesos acaban de justificar la promesa, y en que, cumplida su mision, no subsiste ya sino para hablar perpetuamente á todos los pueblos de la tierra del prodigio de esta concordancia, que solo él no ve para hacerla ver mejor á los demas.

[1] P. 95.

(2) *Eichhorn's biblisches repertorium*, 9, th. §. 27.—Habian mediado ya otras correspondencias semejantes entre el pequeño numero de samaritanos que queda y Scaligero, Ludolf, y la universidad de Oxford. Véase de Sacy, *Memorias sobre el estado actual de los samaritanos.*

(3) *Carmina Samarita é codicibus londinensibus et Gothanis.* Lips. 1824, p. 75.—Lo que mas habia escitado la curiosidad de los sabios acerca de este punto era la objecion de inecsactitud de costumbres y de doctrina opuesta á este pasaje del Evangelio:—"Aquella mujer (la Samaritana) dijo á Jesus: "*Yo "sé que viene el Mesias, que se llama Cristo; y cuando viniere "él, nos declarará todas las cosas.* Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo, &c. (San Juan, cap. 4, v 25.)

Hemos sacado todos estos interesantes detalles del onceno discurso de M. Wismann.

(1) Lucae, cap. 1.

II. Desde este primer punto y como de este foco de las tradiciones universales, traslademos ahora nuestra atencion á todos los demas pueblos y oirémos en seguida que estas palabras del Génesis, ISTA ERIT ESPECTATIO GENTIUM, resuenan por todos los puntos del espacio y del tiempo como un eco sonoro, mas ó menos debilitado ó alterado por los obstáculos que se oponen á su marcha, pero que á través de todas sus metamórfosis repite constantemente el término de la esperanza que se pronunció en el principio.

1. Ya anticipadamente hemos dejado entrever esta *esperanza*, que habia quedado en el fondo de la caja de Pandora, particularidad que no debe dejarse pasar desapercibida. Por la *mujer* se introdujo el mal en el mundo, decia aquella fábula, y por la mujer arrastrada á la desobediencia por el *deseo de saber*.—Pero lo que hay de mas notable es que la misteriosa caja, que estaba llena de males, contenia no obstante en su fondo *un bien*, pero un bien futuro, un bien en *esperanza*, que se hallaba allí como el contrapeso de los males, y por consiguiente como la futura salvacion del mundo que estaba sumido en la desgracia.—Esta corta fábula de Pandora nos presenta en su ingenioso laconismo, y por decirlo así, en su *caja*, toda la sustancia de la historia religiosa de la humanidad.

2. Mas veamos desenvolverse esta misma historia en rasgos mas severos bajo el velo de otra fábula,—la de *Prometeo*.

Esquiles habia compuesto tres trajedias sobre este asunto, en las cuales habia distribuido las tres grandes fases religiosas de la humanidad personificada en *Prometeo*.—La primera llevaba el título de *Prometeo robador del fuego*, la segunda el de *Prometeo encadenado*, y la tercera el de *Prometeo libertado*. En estos tres grandes cuadros se atrevió Esquiles á publicar los restos de las tradiciones primitivas sepultados por la raza sacerdotal bajo el secreto de *los misterios de Eleusis*, indiscrecion que le costó el ser perseguido y casi morir víctima del furor popular, que solo pudo evitar con la proscripcion y la fuga (1). Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros mas que la segunda de estas tres piezas, el *Prometeo encadenado*, y un precioso verso de la tercera conservado casualmente por Plutarco. Sin embargo, este monumento de las tradiciones griegas, á pesar de ser tan reducido, despide á través de la terrible oscuridad que le rodea algunos rayos de luz que descubre visiblemente el dogma cristiano en medio de los profundos arcanos del porvenir.

Hanse escrito varios volúmenes sobre la profecía de Prometeo; mas nosotros no hemos querido engolfarnos en su lectura por miedo de contraer en ella prevenciones sistemáticas, casi siempre compañeras inseparables de una erudicion llevada al esceso. Hemos preferido indicar solo lo que hemos podido conocer por nosotros mismos, y que cada uno de nuestros lectores puede conocer lo mismo que nosotros. Creemos que no es este el peor medio para encontrar la verdad; porque sucede muchas veces, que mientras nos perdemos buscándola en las profundas interioridades de un asunto, ella nos está esperando en el umbral.

Para comprender desde luego el sentido de la fábula de Prometeo, es preciso ver primeramente toda la tragedia de Esquiles, distinguir cuanto ella contiene de sustancial, juntarlo con algunos otros restos de la misma tradicion que se hallan mezclados con otras fábulas parecidas, y buscar en este conjunto el cuerpo de la verdad. Esto es, al menos, lo que nos ha parecido ofrecerse naturalmente á nuestras investigaciones, y suplicamos que se suspenda el juicio hasta que hayamos acabado de esponerlas por completo.

En el drama de Esquiles. y por lo general en toda la mitología griega, Júpiter se halla representado bajo dos caractéres diferentes, que pocas veces se notan. Ya es la misma Divinidad en su mas elevado punto de vista religioso, es decir, la soberana é inflecsible justicia que gobierna los hombres y los dioses; ya es un usurpador y un tirano que ha invadido los dominios de Saturno, antiguo señor del cielo, y que se ha convertido en autor de todos los males de la especie humana.—Sea como fuere, Prometeo ha caido víctima de Júpiter, y desde el fondo de su suplicio prorumpe en blasfemias y maldiciones contra su enemigo.—Interviene entonces una mujer, que por estar sufriendo una desgracia igual á la suya, participa de la compasion que los espectadores (los coros) sentian ya por Prometeo. Esta mujer es Io que recorre toda la tierra, perseguida por el dardo de una justicia vengadora, y se detiene simpáticamente á la vista de Prometeo, que en aquel momento, interrogado por la ávida curiosidad de los espectadores, se negaba á esplicar el significado de una profecía que tiene relacion con su libertad.—*La presencia de aquella mujer conmueve á Prometeo, y se conduele de su suerte tan parecida á la suya propia*, y ella logra que esplique en fin esa futura libertad, de la cual no ha dicho hasta allí mas que algunas palabras, y que les concierne igualmente á entrambos. En el final se presenta Mercurio para obtener de Prometeo la esplicacion de esta misma profecía, con la cual amenaza á Júpiter; pero negándose á ello Prometeo, Mercurio confirma el decreto de la justicia celeste contra el culpable, y le señala por término de sus padecimientos uno de los mas misteriosos medios de satisfaccion.—Tal es el cuadro de la tragedia de *Prometeo encadenado*, cuyos principales pasajes vamos á hacer conocer á nuestros lectores.

Los coros hablando á Prometeo:—*Tu suplicio es muy cruel; pero tú debes á tus imprudencias tu desgracia.... Sin embargo, no te abandones á tí mismo en este infortunio, pues tenemos la dulce esperanza de que dentro de poco te verás libre de esas cadenas, y* LLEGARÁS Á SER IGUAL Á JÚPITER!—Prometeo: *No; no es este el porvenir fijado por la inevitable parca: yo viviré encorvado bajo el peso de los males, en medio de tormentos innumerables, y no me veré libre de las cadenas hasta despues del suplicio. El arte es un poder muy débil al lado de la necesidad.*—Los coros: *Pero ¿quién arregla el curso de esta necesidad?* Prometeo: *La triple parca, las furias, la infalible memoria.* Los coros: *¡Qué! ¿es Júpiter menos poderoso que ellas?* Prometeo: *Sí, Júpiter no sabria evitar su destino.* Los coros: *¿Y cuál es pues el destino de Júpiter?* Prometeo: *No me lo pregunteis, no insistais.* Los coros: *El secreto que nos ocultas es espantoso.* Prometeo: *Hablad de otra cosa; no es tiempo todavia de revelar el misterio; ahora nas que munca conviene tenerlo oculto*, etc.

Aparece Io.

Io:—*¿Dónde estoy? ¿En medio de qué pueblo me hallo? ¿Quién es ese cautivo que veo encadenado á esas rocas?* (dirijiéndose á Prometeo): *¿Por qué delito estás pereciendo en medio de esos tormentos? Dime á qué país he llegado, errante, desgraciada.... ¡Ah! ¡infelice de mí! todavia el tábano me persigue con su aguijon.... Huyo, corro muerta de hambre por las arenas de la playa.... ¡Oh! ¿por qué pues, oh hijo de Saturno, por qué crímen me sujetas al yugo de tales sufrimientos? ¡Ah! ¡si yo pudiese saber cuál será el fin de mis males!*

Habiendo Prometeo soltado una palabra que daba á entender que conocia el destino de Io, ésta, ansiosa de saber cuándo terminarian sus males, le dice: *Respóndeme pues sin ambigüedad; ¿qué me falta todavia á padecer? Habla, dime todo lo que sepas.*—Prometeo refiere todos los males pasados y venideros de Io, males inmensos, y ella se lamenta con amargura.

Prometeo:—*¡Ah! ¿Y cuál seria tu desesperacion si sufrieras mi suplicio? la muerte es al menos el fin de tus tormentos: yo no veo otro término á mi infortunio que* EL DIA EN QUE JÚPITER CAERÁ DESPOJADO DE SU IMPERIO.—Io: *¿Qué me dices? ¡Júpiter perder su imperio!* Prometeo: *El espectáculo de su abatimiento te causará sin duda una alegría inmensa.* Io: *¿Puedo no alegrarme despues que me ha tratado tan cruelmente?* Prometeo: "Puedes estar segura que el suceso se cumplirá." Io: "¿Quién "le arrancará el cetro de la omnipotencia?" Prometeo: "Él mismo, su locura." Io: "¡Cómo! dime, "dime lo que puedas." Prometeo: "Contraerá un "himeneo del cual debe arrepentirse algun dia." Io: "¿Con una diosa ó con una mortal? Habla." Prometeo: "¿Qué te importa? ¡Ah! no me atrevo "á revelar semejante misterio." Io: "¿Lo destronará acaso su misma esposa?" Prometeo: *Esta esposa dará al mundo un hijo que será mas poderoso que su padre.* Io: "¿Y no hay ningun medio para evitar tan gran desgracia?" Prometeo: "No: á menos que libertado de estas cadenas...." Io: "Pero ¿quién podrá ponerte en libertad no queriendo "Júpiter?" Prometeo: "¿Quién? *Uno de tus descendientes....*" Io: "¿Qué estas diciendo?" *¿Tu libertador será un hijo mio?....* Prometeo: "Sí, en "la tercera generacion despues de otras diez generaciones." Io: "¡Cuánta oscuridad deja en mi alma este oráculo!"

Despues de largos circunloquios, llega Prometeo al final de la historia de Io.—Ahora, dice, voy á revelaros á ellos y á tí todo lo restante de esta historia.—"En los confines del Egipto hay una "ciudad edificada á la embocadura del Nilo, sobre "las arenas acarreadas por el rio, que se llama Ca-"nopa. En ella Júpiter te hará justicia; *pondrá "sobre tu frente su mano acariciadora, y su contacto "bastará. Y despues te nacerá un hijo, cuyo nombre "recordará su origen, Epapho.*" (En griego significaba tocar ligeramente).

En seguida refiere Prometeo la historia de "los „hijos de Epapho," entre los cuales están las Danaidas, una de ellas fiel á su esposo:—"De ella, prosi-"gue, nacerá en Argos una estirpe real. Pero esta his-"toria es demasiado larga para contarla: bástete "saber que de esta estirpe saldrá un héroe, famo-"so por sus flechas, y que me librará de mi suplicio." *Tal es el oráculo que me reveló mi madre, Temis, la antigua hija de los Titanes.* "Mas la manera y la "ocasion en que todo esto se realizará, necesitaria-"se mucho tiempo para contarlo, y nada ganarias "con saberlo."

Afectada Io por un nuevo delirio, prorumpe en quejas contra Júpiter.—Prometeo: "Y por lo tan-"to este Júpiter, á pesar del orgullo que se ha apo-"derado de su alma, será algun dia humilde y aba-"tido. Caerá de su trono." *Así se cumplirán enteramente todas las imprecaciones que lanzó contra él su padre Saturno*, "cuando fué echado del anti-"guo trono de los cielos. Gócese, pues, en su "seguridad, confiado en ese ruido que suena en los "espacios. ¡Vano aparato, que no le librará de "una caida ignominiosa é irreparable!" *Cuán terrible será ese enemigo que se está él mismo creando! Gigante indomable, que inventará un fuego mas violento que el del rayo, estampidos mas retumbantes que los de la tempestad.....*"Metido en ese escollo, "Júpiter reconocerá al fin la grandísima diferen-"cia que va entre reinar y servir."—Los coros: "Nosotros creemos que tomas el sueño de tus de-"seos por la realidad del destino de Júpiter." Prometeo: "Todo cuanto digo se cumplirá." Los coros: "¡Qué! ¿Júpiter tener señor?" Prometeo: "Sí, "y sufriendo un suplicio mas insoportable que el mio."

En el final del drama se presenta Mercurio, como hemos dicho ya, para pedir á Prometeo la esplicacion de aquel oráculo tan funesto para Júpiter, pero Prometeo se niega á contestarle. Entonces Mercurio le anuncia en estos términos la prolongacion de su suplicio:—"Están ya preparados la tem-"pestad y el rayo abrasador; mi padre deshará en "astillas esas cimas escarpadas, y tu cuerpo des-"aparecerá confundido entre las rocas. Despues de "mucho tiempo volverás á ver la luz del dia; pero "el perro alado de Júpiter, el águila hambrienta "de carne arrancará sin piedad un gran pedazo de "tu cuerpo: comensal no convidado que vendrá á "alimentarse un dia entero de tu hígado, negro y "sangriento manjar del festin. Y no te figures que "semejante suplicio deberá acabarse *hasta que un "Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, "y quiera bajar voluntariamente por tí á la man-"sion de Pluton en las tenebrosas profundidades del "Tártaro.*"

(1) *Voyage d'Anacharsis*, t. II.